

tad. asegura acaso la perseverancia... devuelve la paz.

De esta manera penetra la liturgia nuestra vida interior. Oír debidamente la Misa es progresar en la ciencia de la caridad, pináculo de toda perfección; es aprender a practicar la religión verdadera. Cuando el beso de Cristo salta del altar parece como si en el recinto sagrado se oyese una voz que nos dice: «Tu religión es falsa si no amas a tu hermano». No seas como aquellos que piensan agradar mucho a Dios sólo con la fidelidad —¡cuántas veces del todo externa!—, a los deberes de piedad, a sus devociones a sus rutinas... ¡y no tienen indulgen-

cia, ni interés, ni preocupación ninguna por el prójimo, ya que lanzan sobre él el lodo de la difamación, y lo desacreditan, y llegan hasta a negar el perdón a los que humildemente se lo piden. No es esa la actitud del verdadero discípulo de Cristo; no obraba así el Apóstol de las gentes, aquel gran corazón del cual salieron estas palabras: «Me hice enfermo con los enfermos para ganar a los enfermos. Me hice todo para todos a fin de ganarlos a todos». Este es el camino para llegar a los corazones de los demás, el que te dará la paz, el que hará que a tu *Pax tecum* respondan las gentes con un *Et cum spiritu tuo*, que te llene de consuelo.

